

Sergio Mars

# La ley del trueno

Cápside Editorial

*La ley del trueno*

© 2012, Sergio Mars

<http://rescepto.wordpress.com>

Ilustración de portada:

© 2012, David Agundo.

De esta edición:

© 2012, Cápside Editorial

Primera Edición: Octubre 2012



ISBN: 978-84-940606-0-1

Depósito legal: V2899-2012

Impresión: Estilo Estugraf Impresores, S.L.

Prohibida la reproducción de cualquier parte de esta publicación, así como su transmisión o almacenamiento por ningún medio, sin permiso previo del autor.

A mi hermana Lidón.  
Me costó lo suyo,  
pero ya es una de los nuestros



# La ley del trueno

*Sergio Mars*



# Prólogo

El mundo se estremecía ante la voz estentórea del dios, que quebraba el cielo en astillas delimitadas por efímeras cicatrices de luz. La sangre de las nubes se derramaba, fría y pura, sobre Salgaria, desgastando con furiosa perseverancia, como venían haciendo desde hacía siglos, las piedras del castillo ancestral de los ards. Las tormentas, incluso las de tamaña violencia, no eran un fenómeno infrecuente en las montañas, pero la de aquella noche no tenía nada de habitual. ¿Cómo si no explicar la presencia del mismísimo ervin en las almenas de la Torre Vieja, recibiendo exultante la lluvia sobre el rostro transfigurado en una mueca de desafío y triunfo, con los principales cortesanos arrebujaos en ricos y empapados ropajes a sus espaldas? Hacía frío, pero el ervin no lo sentía. Alzaba los brazos, como si pudiera hacer que el fuego de los cielos calentara sus miembros, y cada vez que retumbaba el trueno gritaba palabras ininteligibles a los dioses.

Bajando por las toscas escaleras, dejando atrás muchos pasillos húmedos y habitaciones austeras, justo en el corazón de la fortaleza, su mujer se estremecía en medio de los dolores del parto. La gestación había sido difícil. Durante días, el niño se había resistido a nacer, abocando a su madre a un delirio febril que había hecho temer a las comadronas por su vida. La partera mayor había sugerido incluso que provocaran el alumbramiento con una mixtura de bayas de enebro, azúcar y vino, pero el ervin se había negado a ello. De algún modo, había sabido que el sufrimiento de su esposa, a quien amaba casi tanto como a Salgaria, no era en vano. Desde hacía generaciones, ningún heredero del antiguo linaje de los ards nacía con la voz de Siobana en los oídos. Supo que su hijo estaba esperando el momento adecuado, así que como él esperaría, y cogido de la mano de su esposa le suplicó que aguantara. Ella, insensible a cualquier otro estímulo, le había escuchado y había asentido, de modo

que sólo cuando el firmamento se cubrió por fin de este oeste con oscuros nubarrones rompió aguas.

El suceso había encontrado al ervin desafiando los vientos en la cima de la torre, a donde había acudido apenas se habían percibido los primeros indicios de la proximidad de la tormenta. Había subido desprovisto de corona, armas o cualquier otro símbolo de poder terrenal que pudiera ofender a su dios e inducirle a castigarlo con su espada flamígera. Se había presentado humilde, pero al mismo tiempo exigente. Reclamaba a Siobana que hiciera honor a su pacto y amparara a los salgios, cuyas faltas, de existir, ya habían sido cumplidamente satisfechas con largos años de humillaciones y oprobio.

Hacía ya mucho de eso. La penumbra gris del atardecer había dado paso a una oscuridad densa, rota apenas por un fanal protegido que derramaba en derredor una luz mortecina y rastrera. El mundo exterior había desaparecido, engullido por las sombras, y el propio tiempo se había disuelto en un caos inmutable.

A la postre, el ervin escuchó un revuelo a sus espaldas. No se volvió para ver aparecer la cabeza rasurada del lurin por la trampilla del suelo. Podía contemplarlo con los ojos de su mente: sudoroso, envuelto en complicados ropajes que en aquellas condiciones parecerían negros y colgarían lacios hasta el suelo, sujetando en sus brazos inexpertos un palpitante bultito de carne; el fruto de su simiente, sangre de su sangre, Favorito de Siobana, nuevo príncipe de los salgios. El sacerdote chapoteó tras él y se detuvo antes de llegar a su altura. Receloso, el ervin se volvió y se lo encontró cabizbajo, en una actitud servil que no encajaba en absoluto con su carácter.

—¿Qué ocurre? ¿Está bien el niño?

—El niño ha nacido fuerte y sano, mi señor.

Dejó retumbar dos latidos antes de preguntar:

—¿La madre?

—No dejó de sangrar tras expulsar la placenta. No hemos podido hacer nada por salvarle la vida.



El ervin agachó la cabeza, pero no lloró. No le sorprendía su propia insensibilidad. Hacía tiempo que había comprendido que el nacimiento de aquel hijo, señalado por un dios, exigiría un sacrificio terrible. Había fingido ignorancia, sobre todo por ella, pero en su fuero interno se había estado preparando para aquella noticia. Decidió en aquel mismo momento honrarla y no volver a tomar esposa, aunque aún no fuera de edad demasiado avanzada. Los nobles rezongarían, pero contaba con suficientes herederos para calmar los ánimos y, lo más importante, tenía la certeza de que uno de ellos liberaría a su pueblo del yugo de Fingard.

Alargó los brazos para reclamar a su hijo, pero el sacerdote, sin llegar a hacer ademán de ponerlo fuera de su alcance, no lo soltó.

—¿Qué pretendes, lurin? ¡Entrégamelo! —bramó furioso.

—Siobana tiene planes para él —le contestó el sacerdote entre temblores, motivados, quizás, por la lluvia helada.

—¡Eso ya lo sé!

—No, no conoces la voluntad de Siobana.

Aquellos de entre los cortesanos que llegaron a vislumbrar en ese momento el rostro de su ervin, pintado con luz y sombras por los relámpagos, dieron un paso atrás, empujando al resto contra las almenas. Por un momento, les pareció que iba a abalanzarse sobre el frágil sacerdote para despedazarlo, con sus propias manos a falta de otra arma. El dios, en las alturas, exigía obediencia con palabras que se percibían no sólo con los oídos, sino también reverberando insistentes en el interior del cráneo, del pecho y de los intestinos.

Sin embargo, el estallido de ciega cólera no llegó a producirse. El ervin se cernió sobre el lurin, y las palabras que se cruzaron permanecieron entre ellos y Siobana. Al concluir el breve diálogo, el ervin enderezó la espalda, arrebatando a su hijo de manos del sacerdote, que se postró de hinojos ante su señor. Siguiendo su ejemplo, los confundidos nobles le imitaron, disponiéndose a rendir pleitesía al más reciente vástago surgido del trono de las montañas. Mas la ceremonia

no iba con ellos, sino que se trataba de un asunto personal entre el soberano y el dios de sus ancestros.

El ervin se giró hacia la tormenta, presentando a su hijo desnudo a la furia de los elementos. El bebé no paraba de llorar y agitarse entre las rudas manos, mientras las gotas de lluvia lavaban de su piel los últimos restos de sangre y líquido amniótico.

—¿Es ésa tu voluntad, Siobana? —bramó—. ¿Es ése el camino que has escogido para mi hijo?

Apenas había terminado de pronunciar la exhortación cuando un rayo titánico dividió el mundo en dos mitades, a derecha e izquierda de la fortaleza, transformando la noche en día y permaneciendo grabado a fuego en las retinas hasta mucho después de haberse extinguido. El trueno les golpeó casi al instante, no como un rugido sordo y prolongado, sino en forma de crujido salvaje que rompió contra la fortaleza y sus ocupantes, estremeciendo por igual piedra y hueso. Un olor acre se extendió por las almenas, dominando el tufo a lana húmeda y tierra anegada. Con el vello de todo el cuerpo erizado y sin alcanzar todavía a distinguir nada salvo el espectro del relámpago, el ervin se tragó su orgullo y claudicó:

—Se hará según tu voluntad —murmuró.

Se giró y devolvió al bebé a los brazos del lurin, que lo acogió entre los pliegues de la frazada con la que lo había envuelto nada más salir del vientre de su madre. Sin dedicarle un solo vistazo más a aquel hijo cuyo nacimiento, que debía haber sido fuente de satisfacción, no había hecho sino traerle pesar, abandonó las almenas, dirigiéndose con paso firme a llorar la muerte de su esposa y a impartir las órdenes oportunas respecto a las exequias que se celebrarían en su honor.

El lurin se apresuró a ponerse a su vez a cubierto, dando friegas en los bracitos y piecitos del neonato para mantenerlo caliente hasta poder llevarlo junto a un buen fuego. Luego ya se ocuparía de buscarle un ama de cría. Quizás el ervin no lo viera, pero él sabía que los mandatos de

Siobana no eran nunca caprichosos, así que aquel niño debía vivir para cumplir su misión, ya fuera en Salgaria o en Cefin-gard, pues ello sería a mayor gloria del Dios del Trueno.

El día siguiente amaneció despejado, sin una sola nube que alterara la monotonía del cielo azul. Los únicos vestigios de la tormenta nocturna eran los torrentes, que bajaban alborotados de los picachos, y un bebé rubicundo que dormitaba, ajeno por completo al drama de la víspera, en una cuna por la que ya habían pasado varios hermanos.

Nada parecía haber cambiado, y en realidad nada lo había hecho. Se trataba sólo de la aparición de una pieza, que había sido depositada sobre el tablero. Faltaba aún mucho tiempo para que el juego estuviera listo, pero a Siobana no le importaba. Al contrario que ocurre con los hombres, la impaciencia no es una emoción que atormente a los dioses.



# Capítulo 1 - Nudos en una red

## Esfera de Siobana

A la voz de «¡Ataque!» un grito surgió al unísono de las gargantas de una veintena de muchachos que se adiestraban en el Campo de Wultan bajo las órdenes de Urban, su instructor, y la mirada atenta del general Riegar. Al mismo tiempo, otras tantas lanzas hendieron el bochornoso aire de la tarde, empuñadas con distinto grado de firmeza por brazos demasiado jóvenes para soportar aquel ejercicio extenuante hora tras hora tras hora, bajo el sol de mediados del verano.

—¡Defensa!— bramó el instructor.

Los reclutas retrasaron el brazo derecho, retrayendo las lanzas, y adelantaron el pie izquierdo, girando el cuerpo para formar un muro de escudos. El grito ahora era inverso al de ataque, algo así como «ieá».

—¡Otra vez!

—¡AEÍ! —La formación se erizó con una doble hilera de acero—. ¡IEÁ! —Los huecos se cerraron con un entrechocar metálico.

—¡Más rápido!

La pequeña tropa repitió el movimiento, AEÍ, IEÁ, con los cuerpos fibrosos cubiertos de transpiración y las voces roncas por el polvo levantado.

—A mi señal. ¡Ahora! ¡Ahora! ¡Ahora! —indicaba el instructor, distribuyendo los «ahora» de forma aleatoria, sin establecer un patrón que un hipotético enemigo pudiera predecir... o unos reclutas anticipar.

Los soldados golpearon juntos y avanzaron en formación, cerrando al instante el caparazón, sin permitir ninguna fisura en sus filas. Era la falange wultana, que había despedazado entre sus afiladas puntas y sólidos escudos reinos e imperios ancestrales, estableciendo el dominio de Fingard sobre la faz del mundo conocido.

—¡Ataque! —ordenó Urban imperturbable.

—¡Alto! —intervino de súbito Riegar.

Los muchachos se detuvieron en seco, con sus armas adelantadas. Sólo el sudor se movía, resbalando por sus frentes y metiéndoseles en los ojos entornados, descendiendo por sus espaldas contorsionadas y goteando sobre el suelo reseco desde sus narices y barbillas. Al cabo de muy poco tiempo comenzaron a temblarles los brazos, aunque no por ello se rindieron. Apretaron los dientes e ignoraron el fuego que consumía sus músculos. Riegar se adelantó hacia ellos.

—Recordad: es tan importante la precisión como la fuerza. No os podéis permitir el menor contratiempo que rompa la sincronía. La lucha individual es buena para los bárbaros. Vosotros sois soldados de Wultan. Sois un único guerrero que golpea con la fuerza de cien. —El general se paseaba frente a la formación, mientras los reclutas le seguían sólo con los ojos, pues sus cuerpos no eran sino tensas estructuras de músculos y tendones que cualquier espasmo podía quebrar—. Apuntad al rostro, al cuello, a las axilas, al lugar donde le podáis causar mayor daño. La punta ha de entrar limpia, rasgar y salir. Para recuperar la lanza hace falta control. No tenéis que permitir que la inercia os domine. Vosotros sois quienes la empleáis a ella.

Diciendo esto se plantó frente a los muchachos, con el pecho a escasas pulgadas de los temblorosos remates de sus astas.

—Veamos cómo lo habéis hecho.

Desenvainó con un movimiento fulgurante la espada corta y golpeó sin miramientos la punta de una lanza con el plano de la hoja. El arma se inclinó cosa de un palmo, pero pronto recobró altura. Pese a haber logrado mantener la posición, el muchacho que la sujetaba no pudo evitar emitir un gruñido de agonía.

—Bien —aprobó Riegar, justó antes de golpear otra arma, que osciló aún menos que la primera—. Bien —repitió, gritando a continuación—: ¡Mal!

Se dio la vuelta, veloz como una serpiente, e hizo impactar su espada con la punta de una de las lanzas de la segunda

fila. El ruido metálico seguía reverberando cuando el arma golpeó el suelo, tras escapársele de las manos al recluta que la había estado sosteniendo con grandes esfuerzos.

—¿Así queréis proteger y expandir el imperio? —bramó, con la cara congestionada y las venas del cuello hinchadas por la exasperación—. ¿Perdiendo vuestras armas al primer encontronazo? ¿Por qué no presentáis sin más el cuello para que os lo rebanen? Me dais asco. ¡Volved con vuestras madres si es así como tenéis previsto defender al emperador! El ejército imperial no necesita niños que pierdan la cabeza en medio del combate, sino hombres capaces de controlar la situación en cada instante.

Miró a los chicos a los ojos. Vio brillar en ellos la rabia mal contenida, la vergüenza y las ansias de lavar su falta y demostrar su valía. Les dio la espalda con actitud despectiva y dijo:

—Hoy ya no sacaremos nada bueno de vosotros. Volved a vuestros barracones y pensad si no manejaríais con mayor entusiasmo una azada. —En vista de que no hicieran movimiento alguno, exclamó—: ¡Romped filas! ¡Es una orden!

Los escuchó dudar el tiempo justo. Ni demasiado como para caer en la insubordinación, ni demasiado poco como para demostrar que lo ocurrido no les había dejado el orgullo malherido. Saludaron, haciendo entrechocar lanza y escudo, y partieron en formación cerrada hacia el campamento, marcando un paso vivo, justo por debajo del de carga. Ninguno de ellos se quedó rezagado.

Cuando estuvieron lejos, Riegar se volvió hacia el instructor y asintió.

—Tenías razón, Urban, serán una magnífica compañía. Mañana permíteles terminar un poco antes y que vayan a los baños. Se lo han ganado.

El instructor expulsó aire con alivio y ejecutó una media reverencia. Mantuvo el rostro pétreo, pero por dentro estaba exultante. Los elogios del general Riegar eran un bien escaso en el Campo de Wultan. Iba a abrir la boca para disculpar al chico que había dejado caer la lanza,

cuando la llegada al trote de un mensajero le salvó de incurrir en dicho error.

—General Riegar, señor —dijo el mensajero, sin concederse apenas tiempo para recuperar el resuello—. Su alteza imperial, el príncipe Drawoh, requiere vuestra presencia.

El soldado asintió y envainó la espada corta, que aún sujetaba desnuda en la mano. Inquirió:

—¿Sabes para qué se me convoca?

—No, señor —respondió el mensajero, henchido de orgullo por que el comandante de los exploradores le considerara digno de consulta—, aunque al pasar por entre los delmetios me pareció escuchar algo sobre una expedición a las selvas del sur.

Riegar asintió en reconocimiento por la información y comenzó a dirigirse hacia los establos, en el extremo oriental del Campo de Wultan. Al pasar junto a Urban, que mantenía inclinada la cabeza en señal de respeto, le palmeó el hombro. Era un buen instructor. Quizás se involucraba demasiado con sus chicos, pero eso no tenía por qué ser algo malo siempre que a la hora de la verdad supiera exigirles el máximo.

Mientras recorría el polvoriento camino todo lo rápido que su dignidad de general le permitía, pensaba en lo que aquella citación podía representar. Si no se equivocaba en sus suposiciones, podía estar próximo el momento clave en torno al cual había girado su vida desde aquella mañana, mucho tiempo atrás, en que su padre lo había encadenado a un destino que aborrecía.

Aquel día, la última vez que había intercambiado unas palabras con su padre, el séptimo ervin de Salgaria, acababa de cumplir los catorce años. Era el tercer y último hijo que alcanzaba la edad adulta. Era, por tanto, un estorbo.

—Acércate.

Una orden seca, imperiosa, como el mismo ervin. Ni siquiera se había molestado en añadir un irrespetuoso «muchacho». Riegar había estado preparado para la condescendencia.



Hubiera proclamado que ya era un hombre y que no podía seguir tratándolo como a un niño. Pero su padre le había negado incluso esa pequeña satisfacción.

Se había tratado de un encuentro privado, celebrado en la Sala de los Trofeos de la fortaleza ancestral de la familia. La idea podía haber sido la de restarle hierro a la entrevista, haciéndola más informal que una recepción en el Salón del Consejo —que en los años anteriores a Fingard había sido Salón del Trono, como solía recalcar entre dientes el ervin—, con toda la parafernalia que ello conllevaba. Sin embargo, él se lo había tomado como un insulto deliberado: «Ves, eres tan irrelevante que no veo la necesidad de guardar las apariencias».

Había obedecido sin abrir la boca para quejarse, como siempre.

—Escúchame con atención —le había dicho su padre— porque lo que extraigas de esta conversación determinará lo que vaya a ser de ti en el futuro. Estás solo, Riegar. Nuestro ervinato tiene apenas la fuerza necesaria para perpetuarse, y esa responsabilidad recae principalmente en las espaldas de tu hermano Enrider, que será quien lo herede todo a mi muerte.

El ervin había apartado su mirada del joven Riegar y había comenzado a pasear con lentas zancadas por la estancia, fijando la vista en los bustos de sus antepasados, que se alineaban en hornacinas a lo largo de las paredes del oscuro y frío salón.

—Con un poco de suerte, el inútil de Tierón podrá encontrar un agujero apropiado a sus escasos talentos en los atrios de Siobana. —Había esbozado una mueca de disgusto. Riegar sabía que su padre había intentado hasta el último momento que lo aceptaran como novicio en el templo de Wultán, el dios supremo de los fingardanos, pero ni el dinero ni la influencia política habían bastado, así que había tenido que conformarse con un puesto intermedio en la jerarquía del viejo demiurgo salgio—. Tú ingresarás en el ejército del invasor. No puedo ofrecerte nada más que cuanto ya posees: un brazo fuerte, una mente despierta y un corazón valiente.

Tú los emplearás para beneficio de Salgaria. Sí, Salgaria, no Fingard. Recuerda siempre a quién debes la mayor lealtad, porque aunque no te demos nada, tú nos lo debes todo.

Su padre se había detenido entonces, recorriendo sólo con la vista las sombras del salón. Las paredes no sólo servían de marco a efigies de piedra, sino también a los símbolos de una gloria que hacía tiempo que se había visto reducida a rescollos agonizantes. Desde tiempos muy anteriores a que el último ard de Salgaria se convirtiera en su primer ervin, su familia ya había regido sobre las montañas salgias con autoridad incontestable. Todos los ejércitos que habían intentado conquistarlos se habían roto los dientes contra las escarpadas laderas de sus dominios. Habían mantenido su orgullosa independencia hasta que habían llegado las huestes de Wultan, extendiéndose como una mancha de aceite desde el noroeste, imponiendo su dominio, su lengua y su cultura a todos los pueblos que encontraban a su paso. No habían intentado invadirlos. Se habían limitado a rodearlos, conquistando uno tras otro a sus expuestos vecinos, hasta dejarlos aislados en su inerme altivez, libres para perecer lentamente, estrangulados por la zarpa de acero del naciente imperio fingardano.

Las crónicas oficiales recogían que Salgaria se había unido de forma voluntaria a Fingard, conservando de ese modo parte de su independencia, como un ervinato aliado. En la práctica, los invasores del norte habían abolido cualquier institución que pudiera hacerles sombra y se habían inmiscuido en todas y cada una de las ancestrales costumbres de las montañas. El que tal injerencia se hubiera visto acompañada por una era de prosperidad sin precedentes había hecho la resistencia aún más difícil.

Por si fuera poco, amparándose en la libertad de culto que enarbolaban como estandarte, habían llevado a Wultan, su dios marino, a habitar entre las cumbres, como señor de la nieve y los glaciares, desplazando, a base de sutiles prebendas, al poderoso Siobana, el dios del cielo, al puesto de deidad comparsa, tosca y primitiva, como sus seguidores. Siete generaciones después de la capitulación, la

derrota era casi total, y el Señor de los Montañas debía esforzarse por conservar sus menguantes privilegios, en un imperio que había dejado de temer muchas décadas atrás el sonido del trueno.

Riegar no había tenido en mente aquel complejo baile de poder y lealtades. Lo único que le había importado era que su padre lo repudiaba, lo apartaba para que no estorbara, condenándolo a una vida de abyecto servicio a las órdenes del maldito invasor.

Veinticuatro años separaban a aquel muchacho resentido del imperturbable comandante que era ahora. En todo aquel tiempo había aprendido muchas cosas. Había aprendido el valor de esconder sus pensamientos y emociones, de no dejar, por ejemplo, que su meta se inmiscuyera en el camino para alcanzarla. Tras su período de instrucción, durante el cual había disfrutado de una cierta ventaja gracias a la experiencia obtenida con los maestros de armas de su padre y a la suave transición de la disciplina salgia a la ordenada vida militar, de algún modo había sobrevivido a sus primeros años de combates, pasando de auxiliar a infante, cumpliendo turnos en primera línea, aprendiendo a sangrar con y por sus hermanos de escudo. Pronto se había destacado como guerrero tenaz y habilidoso y, con la extraña lógica del ejército, sus superiores habían llegado a la conclusión de que quien sabía matar con eficacia se mostraría igual de habilidoso en lo tocante a dirigir a otros hombres en el combate. En su caso particular, aquella presunción se había mostrado acertada.

Lo destinaran donde lo destinaran, siempre acababa distinguiéndose. Las tropas a sus órdenes provocaban más daños y experimentaban menos bajas que el resto. Si existía algún modo de romper una formación o rendir una plaza fuerte, Riegar daba con él. Y no era de los estrategas que se escondían tras sus tropas y tiraban de los hilos desde la retaguardia; resultaba sencillo encontrarle; sólo había que buscar en lo más reñido del combate, o en la posición más crítica, o al frente de la carga más osada.

Su estrella ascendió. Esquivó o neutralizó los complots contra su persona, nacidos de la envidia o el temor de sus superiores, hasta que todos aprendieron que entrañaba mayor peligro oponérsele que cederle el paso. A los treinta y cinco años había alcanzado el rango de general, la posición hacia la que su progenitor había apuntado, sin demasiadas esperanzas, cuando lo había arrojado de su lado. Pero él no era su padre, no era siquiera el ervin de Salgaria, pues esa dignidad la ostentaba desde hacía más de una década su hermano Enrider. No, él tenía otras ambiciones. Y, por una vez, su linaje le iba a servir de ayuda.

Los salgios, con el paso de los años y de las campañas, se habían ganado una reputación sangrienta entre las heterogéneas tropas fingardanas. Suya era la etnia más abundante en los diversos cuerpos de élite, y entre sus coterráneos su linaje aún significaba algo, y era algo distinto a lo que sus amos habían dispuesto, con frío cálculo, al redactar en el lejano pasado los términos de la capitulación; porque si bien durante las décadas siguientes a aquel funesto acontecimiento los ervines habían caído en descrédito, su tenacidad para mantenerse en la posición de poder había cosechado frutos entre los nostálgicos, que habían acabado viéndolos como el único nexo con el esplendor perdido que se mantenía intacto. Un pasado que se iba haciendo más mítico con el relevo de las generaciones. Por añadidura, el lacónico y formal Riegar encarnaba el ideal del jefe guerrero montañés que todo salgio admiraba en su corazón.

Cuando había muerto Krivael, el comandante del cuerpo de exploradores, la unidad más especializada del ejército imperial, las tropas lo habían aclamado a él como sucesor, y el emperador, sin tener motivo de queja, había ratificado con indiferencia el nombramiento y había vuelto displicente a sus caros placeres.

El hijo superfluo de un ervin insignificante se había aupado por sus propios esfuerzos hasta el segundo lugar oficioso en el escalafón militar del mayor imperio que el mundo había conocido. A partir de entonces, habiendo alcanzado la

cumbre, podía permitirse abandonar la senda que le habían trazado y empezar a labrarse su propio destino. Durante oscuras noches de conjura y maquinación, en conveniencia con los sectores descontentos del imperio fingardano, que no faltaban en tiempos tan decadentes, había ido configurando su plan. Sólo precisaba una oportunidad... como la que quizás acababa de presentársele.

Sumido en estos recuerdos, no particularmente agradables, Riegar llegó a los establos del Campo de Wultan y se dirigió al cubículo donde había dejado a Trueno al cuidado de los palafreneros. Trueno era un caballo enorme, negro como la misma noche, sin más color que el blanco de los ojos y los dientes amarillentos. Al cabalgar por las calles empedradas sus cascos emulaban el rugido de una tormenta. Pero el nombre significaba mucho más para un salgio. Al tenerlo enfrente, no pudo evitar acariciarle el poderoso cuello, no tanto como muestra de afecto sino para sentir su fuerza y permitir que ésta pasara a él a través de sus dedos.

—Pronto —le susurró, antes de encaramarse a la silla y guiarlo por la calzada que subía, rodeando la colina Mistral, hacia el palacio.

Fue un trayecto solitario. Apenas un año antes hubiera congregado a todo un séquito de niños y le hubieran importunado cada dos pasos con ofertas que irían desde productos agrícolas de los campesinos hasta carnales de los alcahuetes. Sin embargo, desde que Osric había hecho desalojar toda la colina, con el pretexto de ampliar los jardines del palacio, toda la animación provenía de las ratas que se alimentaban de los despojos. Por supuesto, ni Riegar ni nadie había creído por un solo instante la historia de los jardines. Lo cierto era que Osric quería poner tierra de por medio entre su imperial persona y sus súbditos. La dinastía svensia no pasaba por sus mejores momentos en cuanto a popularidad.

Su grado de general le permitió pasar sin problemas los dos primeros círculos de seguridad, pero en el tercero

los mercenarios delmetios le hicieron apearse de su montura y seguir a pie.

Los delmetios eran una tribu errante que se había instalado en Fingard dos años atrás a petición del propio Osric. Aquella decisión, que había sido tomada en un momento de debilidad, le había causado muchos más problemas de los que había resuelto. Quienes conocían de verdad al emperador, podían reconstruir sin dificultades su razonamiento: el pueblo andaba alterado y las masas incontroladas eran peligrosas; nunca había suficientes espadas a tu servicio en tiempos de crisis. Esta simple intención fue reinterpretada maliciosamente por facciones como la de Riegar, o como cualquier otra de las docenas que debían estar surgiendo, atraídas por el hedor a descomposición que empezaba a emanar del imperio, haciendo correr la habladuría de que el emperador ya no se fiaba de sus propios soldados y confiaba su protección a extranjeros, cuya lealtad, comprada con dinero, sí podía darse por segura. Ni que decir tiene que el rumor había bastado para que el embuste se hiciera realidad. Los hermanos gemelos Cokrum y Erquil, que acaudillaban como un solo hombre a los delmetios, eran odiados por todo Fingard, ya fuera entre los descendientes de los invasores del mar o entre los oriundos de sus estados vasallos.

Cuando Riegar llegó por fin al ala del palacio destinada al príncipe Drawoh, se aseó someramente en una fuente, sin preocuparse de enfangar el agua de las carpas. Había pensado que sería una buena muestra de devoción el presentarse tal cual había salido del campo de adiestramiento, pero hacía falta un mínimo de acicalamiento para no transformar inadvertidamente su gesto en un insulto. Al terminar, se quedó un instante inmóvil, esperando a que se aquietara el agua para echar un vistazo a su imagen. Hacía tiempo que no se veía a sí mismo. Se descubrió contemplando un rostro más envejecido de lo que recordaba, con varias arrugas nuevas en torno a los ojos. La cicatriz de su mejilla izquierda partía una barba rala en la que seguro podría encontrar las primeras canas si dispusiera de mejor espejo donde buscarlas.

Todos le felicitaban por lo mucho que había alcanzado a tan pronta edad, pero él no lo veía así. No se sentía tanto viejo como ajado, consumido por una vida que nunca había deseado, pero de la que, habiéndole tocado en suerte, pensaba sacar el máximo partido posible. El tiempo de rendir cuentas se acercaba. Todo llegaría a su fin, en un sentido u otro.

Sonrió, y en el reflejo que le sonreía creyó descubrir vestigios de la pasión de antaño. Se incorporó y con paso decidido acudió a su audiencia con el príncipe heredero del aún poderoso imperio fingardano.

## Protoesfera de Antjer'a

En las estancias particulares de Drawoh Svenfil, que ocupaban una pequeña ala del palacio imperial, comunicada con el resto del complejo a través de una galería cubierta, predominaba la seda sobre el metal. Fiel al estilo impuesto por su padre, el joven príncipe no escatimaba en lujos. No había suelo que no estuviera recubierto por alfombras, ni pared privada de su tapiz; por todo mobiliario se contaban unas pocas mesitas delicadas, algún pebetero para perfumes y almohadones, muchos almohadones. La música del arpa y la flauta se entremezclaba con el gorgoteo del agua y el trino de los centenares de pájaros tropicales que revoloteaban en el interior de inmensas jaulas de mimbre. Constituía un acogedor paraíso, un santuario de inmutabilidad en el seno de un mundo convulso.

Existía una habitación, sin embargo, sujeta a impredecibles y radicales cambios. Era el lugar donde Drawoh se entregaba a sus avasalladoras pasiones. Éstas podían ser de lo más variado, desde animales exóticos a piromancia; cada pocas semanas, una nueva sed tomaba posesión de su corazón y todo se supeditaba a saciarla. Se convocaba a un arquitecto —siempre uno distinto cada vez, entre los más reconocidos del imperio— y se le encargaba que acondicionara aquella sala en particular para el disfrute del nuevo pasatiempo del príncipe.

En aquel momento en concreto, su obsesión se centraba en las selvas del sur, donde se estaban volcando, por el momento, los desganados esfuerzos expansionistas de Fingard. Se trataba de una campaña lanzada por pura inercia. El imperio era como un hombre goloso que, habiendo devorado cuanto manjar se encontraba sobre la mesa, ya saciado, se dedicaba a jugar con las migajas, sin tener intención de seguir comiendo pero sin decidirse tampoco a dar por finalizado el banquete. Hotempi, el mekhita, había trabajado en un diseño digno de mejor y más perdurable empresa, recreando entre los muros de piedra un ambiente selvático idealizado, poseedor de toda la magia y ninguno de los engorrosos defectos con que la naturaleza había dotado a la jungla.

El equipo reunido por Hotempi se había encargado de disponer de forma artística por toda la estancia sólo plantas desprovistas de espinas, venenos u olores nauseabundos; una minoría respecto a las que poblaban de verdad el lejano sur. De hecho, muy pocas de las especies eran realmente tropicales, tratándose en su mayor parte de variedades de hojas anchas y fronda abundante procedentes de humedales de climas templados. Por supuesto, no disponían de bastante tierra ni de las condiciones óptimas para arraigar, así que era una jungla que iba muriéndose poco a poco, pese a los denodados esfuerzos de los jardineros y el empleo de suficiente agua como para regar cinco huertos frutales. No importaba. Jamás se había planteado la necesidad de que fuera un vivero duradero. El capricho del príncipe no sobreviviría a la efimera lozanía del vergel artificial.

Por el momento, sin embargo, el vigor de las plantas se mantenía intacto y su exhuberancia lujuriosa se veía recalcada por el estruendo ensordecedor de unos tambores, golpeados con ritmo frenético por media docena de negros semidesnudos que hacían vibrar el mismo aire con sus esfuerzos. Frente a los intérpretes, en un remedo de tienda vaporosa, se sentaba entre almohadones Drawoh. A su derecha se hallaba recostado su tutor, el anciano Sorenfil. A su izquierda dormía a pesar del ruido, signo inequívoco de que estaba sedado, un



joven leopardo, cuyo lomo acariciaba de tanto en tanto el príncipe. Entre ellos y los músicos, en un claro dejado por el arquitecto en medio del percedero vergel artificial, se contorsionaban cuatro danzarinas de ébano, llevando por todo atuendo unas pocas cuentas de colores que destellaban al recibir el sol de la tarde, capturado por espejos e introducido en la sala a través de altos ventanales ampliados a tal efecto según los planos de Hotempi.

Distribuidos por la estancia, en escondrijos dispuestos con discreción entre las plantas para no romper con su presencia la ficción creada, los cuatro guardaespaldas delmetios no quitaban ojo de las evoluciones de las bailarinas.

—Mi señor —le susurraba Sorenfil al príncipe—. ¿Estáis seguro de que es inteligente depositar vuestro destino en manos de un bárbaro?

Drawoh asintió, o tal vez sólo seguía con la cabeza el ritmo impuesto por los timbales. Al cabo de un rato dijo, en un tono normal de conversación que apenas era audible a un palmo de distancia por encima del estrépito de la música:

—Es un soldado de Fingard. Ha derramado su sangre en un sinnúmero de ocasiones por el imperio.

—Sí, ¿pero es de fiar? —insistió Sorenfil.

La conclusión del número de danza libró al joven de contestar. En vez de ello, se levantó de entre los almohadones aplaudiendo con entusiasmo.

—¡Bravo! ¡Magnífico! ¡Qué derroche de energía! ¿No opinas lo mismo, mi buen amigo?

—Sin duda, alteza —se apresuró a asentir el anciano, acompañando las palabras con gestos obsequiosos—. Tal vez, si me atreviera a contradeciros en un aspecto insignificante...

El príncipe dio su permiso con un ademán vago, mientras se aproximaba a músicos y bailarinas, quienes en el momento mismo de concluir su actuación se habían postrado, con la frente apoyada en suelo recubierto de fina arena. Sus espaldas, en mayor o menor medida, se encontraban surcadas por las inconfundibles cicatrices dejadas por el mordisco de un látigo.

—Como iba diciendo —expresó Sorenfil, incorporándose a su vez con cierta dificultad y siguiendo a su pupilo—, tal vez resulte un espectáculo poco... hum, poco refinado.

—¡Ahí reside el interés! —proclamó Drawoh—. ¿No lo ves? Esto es puro, auténtico, vida sin adulterar. Los salvajes recuerdan misterios que nosotros hemos olvidado. Llevamos demasiados siglos alejados de nuestras raíces. ¿Cuántos hijos de Wultan conoces que sepan cómo huele el mar? Ellos —afirmó, abarcando con un gesto amplio a las figuras postradas— aún oyen en sus corazones la voz de sus dioses.

—¡Señor! Wultan es el dios supremo. La tolerancia religiosa, como política de estado, es muy conveniente, pero no queremos saber nada de diosillos de madera y barro.

—Sí, sí, sí, no te escandalices, Sorenfil, no va con tu estilo. Claro que Wultan es supremo. Sólo digo que me gustaría conocer más a fondo a algún dios de... ¿madera y barro dijiste? Seguro que la experiencia me permitiría redescubrir un par de nuevas facetas en el viejo Wultan.

Drawoh dejó de circular entre los intérpretes y se giró de súbito hacia el capitán de la guardia delmetia.

—¿Tú qué opinas, Brad?

El aludido se estiró, apartando con presteza la mano derecha de la empuñadura de la daga, donde había estado dispuesta desde que al príncipe había tenido la estúpida ocurrencia de ponerse a pasear desarmado entre los esclavos.

—No sé mucho de dioses, mi señor.

—Ah, lo olvidaba. Vosotros sólo aceptáis la existencia de... sokas, ¿verdad?, pequeños espíritus elementales, prácticamente ciegos y sordos a nuestro mundo y, en todo caso, indiferentes a los hombres hasta que éstos llaman su atención y les conceden el poder de esclavizarlos.

Brad se humedeció los labios y resistió la tentación de atusarse la barba. Si se dejaba enredar iba a adentrarse en terreno peligroso. Tal vez Drawoh tratara con ligereza los asuntos religiosos, pero no era aquél el sentir general de los fingardanos, y si un comentario descuidado llegaba a oídos del Odryncer, el sumo sacerdote, las consecuencias podían ser impredecibles.

Las cosas ya se habían puesto bastante difíciles para ellos desde que tuvieron la mala idea de asentarse, en principio por una única estación, en aquella ciudad maldita. Lo sensato sería no comentar nada, pero el príncipe esperaba una respuesta, así que comenzó a hablar, con el cuidado de quien se aventura por una cornisa estrecha sobre el abismo.

—Según nuestras creencias, hubo una fuerza primordial creadora, pero eso fue hace milenios y hemos olvidado su nombre.

—Si lo habéis olvidado, ¿no podría haber sido Wultan?

Brad notaba cómo le resbalaba el sudor por la espalda, y no sólo por el ambiente tropical simulado de la estancia. Titudeó un par de veces, sin saber qué contestar. Para los delmetios, Wultan y el resto de dioses del extenso imperio fingardano no eran sino insignificantes espíritus que con ayuda de un par de trucos infantiles habían conseguido engatusar a alguna que otra comunidad de crédulos habitantes de ciudad.

Drawoh rompió la tensión con una carcajada.

—No hace falta que contestes. Me conformo con haber logrado arrancar esa expresión de tu rostro. No sé cómo podría pasar sin estos pequeños triunfos sobre mi guardia de honor, siempre tan serena y formal.

El delmetio reconoció su derrota con una pequeña reverencia.

Justo entonces se personó un muchacho, que formaba parte del servicio personal del príncipe, anunciando:

—Alteza, el general Riegar acaba de llegar.

—¡Excelente! No ha tenido tiempo de acicalarse para la audiencia. Querido Sorenfil, me debes tres redes.

—Debería haber aprendido ya a no apostar contra vuestra alteza —se lamentó el viejo.

—No aprendas nunca. ¡No tardaría en arruinarme sin tu periódica contribución! —Con un revoloteo de ropajes, el príncipe regresó a su lugar entre los cojines, proclamando a continuación—: No hay mejor lugar en mis dominios que éste para transmitirle al comandante del cuerpo de exploradores cuál es mi voluntad. Que pase mi valiente general.

Poco después, escoltado por dos mercenarios, hacía acto de presencia Riegar, con las ropas cubiertas todavía por el polvo rojizo del campo de Wultan. El general se cuadró, ignorando deliberadamente a los delmetios, y ejecutó una profunda reverencia.

—Alteza, aquí me tenéis. ¿En qué puedo servirlos?

Drawoh no contestó de inmediato. En vez de ello, comenzó a estudiar con todo descaro al militar, asintiendo apreciativo a cada una de las cicatrices que marcaban sus brazos, piernas y rostro. Incluso llegó a detener su escrutinio, de forma casi imperceptible, en el punto de su armadura que cubría el lugar donde una lanza brusia lo había traspasado, no acabando por poco de forma prematura con su carrera militar y con su vida. Una vez satisfecho, se volvió hacia su tutor y le confió:

—Es una pena que ya no me interesen los combates de gladiadores. Riegar y Brad podrían habernos ofrecido sin duda un espectáculo fascinante.

Sorenfil tuvo el buen tino de no abrir la boca, y ninguno de los principales implicados realizó el menor gesto que delatara sus pensamientos. En vista de que no recibía respuesta, Drawoh esbozó una mueca de hastío y cambió de tema, mostrándose ahora tan directo como antes había sido esquivo, exhibiendo de este modo la mutabilidad de carácter que se había hecho tristemente famosa entre quienes se encontraban bajo su férula.

—Es mi deseo que organices una expedición a la frontera del mediodía. A la región de los saltos del Gisetia para ser exactos.

—¿Cuáles son los objetivos que nos marcáis?

—No hay objetivos específicos. Sólo llegar, explorar y regresar a Cefingard antes de que mi padre tenga ocasión de preocuparse demasiado.

—No acabo de entenderlo, mi señor.

—Dada tu posición, creía que serías un poco más despierto, general Riegar. Deja que te lo explique con pocas palabras. Yo dirigiré la campaña.

—Oh, comprendo. Por supuesto, los hombres del cuerpo de exploradores nos encontramos a vuestra disposición. Aunque... bueno, técnicamente estamos bajo el mando directo de su majestad imperial Osric III.

El príncipe comprendió en seguida lo que Riegar le estaba preguntado de forma indirecta. Se apresuró a tranquilizarlo.

—Mi padre está al tanto de mis planes y los aprueba sin reservas. Lo que es más, me ha animado a conocer de primera mano la vida de soldado. Dice que la experiencia me servirá de preparación para el día en que tenga que asumir mis funciones como su sucesor. Para empezar, ha delegado por completo en mí la responsabilidad de organizar la expedición.

—No podría realizarse mejor elección.

—Ahórrate las adulaciones, para que viertan miel en mis oídos ya tengo a mi buen Sorenfil. Soy consciente de que carezco de los conocimientos necesarios para ocuparme en persona de todos los farragosos detalles, así que tú lo harás por mí. Lo único que exijo es poder realizar con total tranquilidad mis investigaciones en la selva virgen y tener la oportunidad de respirar sus misterios. Teniendo ese fin en mente, dejo a tu discreción los preparativos que deban llevarse a cabo.

—Como deseáis. ¿Alguna indicación en cuanto a la composición exacta de la expedición?

—Los consejeros de mi padre han considerado idóneo el número de doscientos integrantes, y los presagios consultados en ese sentido han sido favorables. Para el resto de pequeños detalles, confío en tu experiencia.

—Doscientos serán pues. Me aseguraré de que los mejores y más leales soldados de Fingard acompañen a su príncipe en su viaje de descubrimiento.

—Perfecto. Confío plenamente en tus capacidades. Partiremos dentro de cinco días, bajo la influencia de la luna llena entrando en la constelación del tigre. ¡Imposible contar con un signo más auspicioso para una expedición al lejano sur! Seguro que mi primera campaña será de una importancia tal que el futuro del mismísimo imperio se verá marcado por su resultado.

—Como ordenéis —aceptó Riegar, sellando su compromiso con una reverencia.

—Bueno, basta de trabajo por hoy. ¡Vivamos un anticipo de lo que nos aguarda bajo el misterioso dosel esmeralda a los pies del mundo! —exclamó Drawoh.

El militar inclinó de nuevo la cabeza, disculpándose por adelantado, antes de comentar:

—Si me lo permitís, mi señor, me retiraría para empezar a organizar sin tardanza vuestra expedición.

—¿Tan pronto? Seguro que esos fastidiosos preliminares pueden esperar un poco a que hayas disfrutado de las bellezas —al pronunciar esta palabra, lanzó una mirada significativa hacia las cuatro bailarinas, que seguían postradas en actitud de sumisión— que esconde la selva. Estoy seguro de que después de haber trabado íntimo conocimiento con ellas hallarás en tu interior una mayor motivación para complacer a tu príncipe en esta empresa.

—Muchas gracias, alteza, pero cumplir tus deseos es suficiente incentivo y el plazo que me habéis marcado, aun siendo suficiente, resultará un poco justo. Me gustaría empezar de inmediato con los preparativos para que nada estropee vuestro triunfo. Tal vez en otra ocasión.

—Sí, claro —accedió distraído Drawoh, habiendo perdido por completo el interés en Riegar—. Puedes retirarte. —Luego, sin aguardar a que hubiera abandonado la estancia, exigió a los esclavos—: ¿A qué esperáis? ¡Perros holgazanes! ¡Venga con esa música y esa danza!

El retumbar de los timbales acompañó al soldado fuera de aquel simulacro, de vuelta al Fingard real. Atrapado en la burbuja que él mismo había construido, Drawoh Svenfil contemplaba sin ver, con una sonrisa bobalicona modelada en su rostro, las acrobacias imposibles de las mujeres. Al cabo de un rato, Sorenfil fue a comentarle algo, pero el príncipe lo atajó, mostrándole la palma de la mano. Ya no había nada que decir; ya no era posible dar marcha atrás. Además, conocía a la perfección las objeciones de su tutor, y las compartía... hasta cierto punto. Sí, posiblemente era demasiado pronto para iniciar un

movimiento ofensivo, aún no estaba preparado, pero los acontecimientos se estaban precipitando. Si quería contar con una oportunidad de enderezar el rumbo del imperio, no se podía permitir la menor demora. La promoción de los mercenarios delmetios a cuerpo especial de seguridad al servicio personal del emperador había supuesto una sacudida que por poco no se había demostrado definitiva para la tambaleante estructura social de Fingard. La próxima crisis podía ser la última, y no se había estado preparando todos aquellos años, desde que sus perezosas nodrizas habían puesto en manos de un viejo e inofensivo filósofo la educación de un niño malcriado, para permitir que su legítima herencia se le escurriera entre los dedos por culpa de la incompetencia de su padre.

Doscientos hombres, unos pocos menos de los que había previsto. Alguno de los consejeros debía de temerse una mala jugada, o tal vez actuaba por puro instinto; nadie llegaba tan alto sin convertirse en un cabrón paranoico experto en traiciones de toda índole. No importaba. Serían en su mayor parte salgios, los mejores soldados del imperio. Además, la rebelión ya estaba madura, sólo necesitaba aglutinar toda aquella masa de descontentos, convertirse en la voluntad que les diera propósito, acabara con los excesos y la corrupción, echara a los bárbaros y condujera a los hijos de Wultan hacia una nueva era de esplendor. Dos centurias podían servir tan bien como veinte como germen en torno al cual se cristalizaría su sueño de un Fingard revigorizado.

El puntal maestro de la estructura era Riegar, quien además constituía el eslabón débil del plan, el que de romperse lo arruinaría todo. ¿Se pondría de su parte o apoyaría a su padre? Lo había estudiado tan a fondo como se había atrevido con tal de no llamar la atención del cuerpo de seguridad imperial. Sus acciones hablaban por él. Era un hombre íntegro, ajeno por completo a cualquier forma de corrupción, un líder digno de otras épocas. Alguien así no podía contemplar con indiferencia la decadencia del imperio. Siempre se había atendido a las normas, pero algo que percibía en sus gestos cuando dirigía la instrucción le había convencido de

que poseía la flexibilidad necesaria para utilizar cauces alternativos para conseguir sus objetivos, si éstos eran lo bastante importantes. Y aunque así no fuera, tenía que ser él; no había otro con su capacidad y que no le debiera el cargo a su padre o a alguno de sus principales consejeros.

Interrumpió sus inútiles elucubraciones. No valía la pena seguir preocupándose por aquello en lo que aún no podía influir. Aunque ese día llegaría. El primer paso para resolver un problema es conocer su existencia, y gracias a su tutor había abierto los ojos a la verdad. Giró la cabeza y sonrió a Sorenfil con agradecimiento. ¿Qué hubiera sido de él si no le hubieran puesto, por puro azar, bajo la tutela de un estoico? Quizás aquel desenfreno que tanto le costaba fingir hubiera sido su forma de ser natural. Sorenfil le había hecho mirarse a sí mismo desde el exterior y le había mostrado la vacuidad de la vida cortesana. También le había enseñado a fingir tan bien que a veces llegaba a caer en su propio engaño y era capaz de entregarse en cuerpo y alma a la degradación. Odiaba aquella tragicomedia. Sólo se había avenido a interpretar el papel de idiota caprichoso para complacer al filósofo, que temía por su vida si mostraba siquiera una fracción de sus verdaderas capacidades. Al menos parecía que los años de sacrificio habían cumplido su propósito. No cabía duda, por ejemplo, de que Osric, su padre y señor, sospechaba que perdería interés en cuanto las penurias del viaje empezaran a hacer mella en su delicada carne y daría la vuelta a mitad camino. Se iba a llevar una sorpresa. La mayor y más desagradable sorpresa de su inútil vida.

Tan absorto estaba Drawoh en sus meditaciones que justo él, que había convertido en un arte la habilidad de captar todo cuanto ocurriera a su alrededor sin importar lo distraído que pudiera parecer, no fue consciente de la extraña mirada que le arrojaba de tanto en tanto una de las bailarinas. Resultaba de lo más curiosa, porque no era ni de temor ni de odio, los dos sentimientos que hubiera sido lógico encontrar habitando el pecho de una esclava, envilecida en cuerpo y espíritu por un amo cruel e insensible. No, si ello



hubiera sido posible, dada la situación en la que se encontraba y el destino que le esperaba cuando se derrumbara agotada sobre la arena, un observador atento hubiera llegado a la conclusión de que en sus pupilas oscuras resplandecía el brillo de una venganza que prevé pronta satisfacción, y que sus labios se curvaban sobre unos dientes blanquísimos en una retorcida mueca de triunfo.

## Esfera de Wulfan

El anochecer era el momento del día preferido por Erquil. Amaba la oscuridad, y disfrutaba viendo cómo las tinieblas se apoderaban del mundo. En sus brazos ya no era necesario el fingimiento, bajo su capa ya no había futuro, sólo un ahora eterno, sin preocupaciones. Hubiera sido feliz en un mundo esbozado apenas por unas estrellas que nunca palidescieran con la intrusión del amanecer. Aunque debía ser un mundo de horizontes sin fin que respetara el señorío de la noche, no una apestosa ciudad de piedra donde se destilaba el sol en aceites que alimentaban a todas horas lámparas encargadas de perpetuar un día tembloroso, con sus exigencias, en el interior de las claustrofóbicas viviendas. Un mundo que daba la espalda a la faz oscura de la existencia no podía ser bueno. Aquella locura era, sin duda, lo que se obtenía como resultado de prestar atención y conceder poder a un soka.

Se apoyó en su arco, lanzando una mirada hacia el interior del recinto fortificado que les habían cedido para montar su campamento. Siempre se había sentido orgulloso de la importancia y del poder de su tribu, pero ahora se daba cuenta de que lejos de los altiplanos de Ol-Regan los delmetios eran insignificantes. Todo su pueblo tenía cabida en uno de los jardines del palacio de Osríc, y los doscientos guerreros con que contaban no supondrían más que un suspiro frente al huracán del ejército fingardano.

No había sido una decisión acertada quedarse a pasar el invierno en Cefingard. Ahora resultaba evidente que tendrían que haber sido fieles a su forma de vida ancestral y haberse enfrentado al hambre en las mesetas, antes que buscar cobijo en una trampa. Estaban atrapados, y a cada día que pasaba el nudo se iba estrechando en torno a sus cuellos sin que se vislumbrara un rayo de esperanza.

Escuchó un chasquido, cerca, proveniente del lado del campamento. Se llevó la mano derecha al cinto, sujetando la empuñadura del machete, pero no lo desenvainó; no quería que ni el ruido ni algún posible reflejo en la hoja pudieran alertar al intruso. Permaneció expectante, aunque sin experimentar demasiada preocupación. Su actitud no obedecía más que a la mínima cautela exigible en aquellos tiempos aciagos, aun encontrándose en terreno propio y con los enemigos —todavía no declarados— acechando fuera. Al cabo de unos instantes se relajó; había reconocido a Brad, subiendo a la atalaya para informar sobre la última excentricidad del príncipe. Se dio la vuelta y se asomó al parapeto, contemplando la ciudad que se extendía a sus pies. Brad se le unió en silencio, paseando la vista, con un disgusto similar al de su gem, sobre el vetusto corazón del imperio fingardano. Fue Erquil quien inició la conversación.

—Ha llegado a mis oídos que últimamente no resulta tan desagradable tener vigilado el joven halcón.

—No echo de menos la época en que se interesó por los diversos tipos de fertilizantes, si te refieres a eso —comentó con parecidas dosis de ironía el guerrero.

—Espero que no te hayas dejado encandilar demasiado.

—Sólo lo justo. Podríamos llamarlo una compensación de liebre.

Erquil torció el gesto ante la insinuación de su lugarteniente. La compensación de liebre era un derecho tradicional destinado a reconocer el esfuerzo de un guerrero, dedicado a una labor necesaria para que otros obtuvieran mejor resultado en sus desempeños, aunque improductiva en sí misma. Si hubieran guardado memoria de aquel tipo de asuntos, hubieran

sabido que dicha expresión provenía de los tiempos anteriores a la adopción del arco como arma principal por parte de los antepasados de los delmetios. Como no era así, y hasta hacía bien poco eran ignorantes incluso del concepto de escritura, se reirían en la cara de cualquier que tratara de convencerlos de que ésa era la verdad. Incluso hubieran podido sentirse insultados, pues sus arcos constituían una parte de su identidad tan importante como sus mismos rostros.

El gem decidió no darse por enterado. Sabía que Brad era consciente de que él y su hermano tenían tanta culpa de la situación en que se encontraban como cualquier otro, pues la decisión se había tomado en consejo de fresnos. Y no sólo eso, sino que se encontraban igual de inermes para cambiarla. Sólo la desesperación había puesto aquel reproche en su boca. Si no le decía nada, él mismo repararía en lo injusto de su pose y sus propios remordimientos serían más efectivos que cualquier medida disciplinaria que pudiera adoptar. En vez de descargar su propia frustración sobre él, preguntó:

—¿Qué puedes decirme de Drawoh?

Brad inspiró hondo antes de responder.

—A veces me pregunto si de verdad puede existir alguien tan superficial. Sigue empeñado en su absurda expedición. Hoy hizo llamar al general Riegar para encomendarle la organización de la partida.

El guerrero se detuvo. Erquil notó que se callaba algo y lo animó a seguir.

—¿Y?

—Insinuó que le gustaría contemplar un combate singular entre el montañés y yo.

Dejando traslucir cierta alarma en su voz, Erquil inquirió:

—¿Reaccionó Riegar de alguna forma sospechosa?

—No. Creo que ese estúpido comentario le pilló tan por sorpresa como a mí.

—Aun así, plantea un escenario peligroso. Si no fuera un Svenfil, estaría tentado de considerarlo una primera aproximación para una alianza.

—¿Con nosotros o contra nosotros?

—No lo sé. De todas formas, seguimos hablando de Drawoh Svenfil, lo más probable es que no sea otra cosa que un comentario desafortunado. Ese chico es incapaz de mantener un pensamiento alejado de su boca, aunque en ello le vaya la vida.

—Hay más. Justo antes de que llegara el general, el príncipe había tratado de sonsacarme una opinión acerca de ese soka del lodo que adoran.

El gem frunció el ceño con preocupación. Wultan; hasta él se sentía incómodo cuando los fingardanos hablaban de su dios. Incluso el soka más insignificante podía obtener un enorme poder cuando miles de hombres se ponían de acuerdo para concedérselo. Los delmetios no querían saber nada de él. Por ello, jamás se referían al dios por su nombre, sino que empleaban motes despectivos cuando se veían forzados a tratarlo en una conversación. ¿Podía resultar aquel comportamiento significativo? Dos provocaciones en una sola tarde; ni siquiera Drawoh podía ser tan idiota como para efectuarlas de forma inconsciente.

—¿Has puesto bajo vigilancia a Riegar?

—Ya lo estaba, pero he doblado los recursos empleados para informarnos de sus actividades.

—¿Y qué han descubierto tus hombres?

—No mucho. Tras la entrevista con el príncipe, el general se marchó directamente a los cuarteles y se encerró con dos de sus hombres de confianza. Estuvieron reunidos hasta bien tarde preparando la expedición.

—¿Cómo sabes que fue de eso de lo que hablaron?

—Pidieron vino, del apropiado para trabajar, muy rebajado con agua, y algo para comer, raciones de campaña. La mujer que los sirvió está encaprichada con uno de nuestros hombres, a quien yo insté para que trabajara esa relación. Nos mantiene informados.

—Vaya, parece que has aprendido un par de trucos de nuestros anfitriones.

Brad se encogió de hombros.

—Lo nuestro no es más que un juego. Estamos ciegos y sordos comparados con la red que han estado tejiendo los fingardanos durante siglos. En esta ciudad todo el mundo informa a alguien, obligado por lazos de lealtad, deuda o miedo. Incluso la chica de la que te hablo es posible que le cuente también sus secretos a los sacerdotes de Wultan, o a los consejeros del emperador o, vaya, ¿por qué no?, incluso al oído del príncipe Drawoh. Es una red tan enmarañada que tengo miedo de quedar atrapado entre sus hilos si me adentro demasiado, pero es necesario si queremos subsistir. —Se interrumpió y miró al gem a los ojos—. Sólo nuestros propios hombres son de fiar, y tal vez no lo sigan siendo durante mucho tiempo. Esta ciudad es... es ponzoñosa. Tenemos que alejarnos de ella.

Erquil asintió con semblante grave.

—Nos marcharemos. En cuanto sea posible. Ahora, cuéntame si tu muchacha descubrió algo más.

Brad negó con la cabeza.

—No mucho, un par de nombres, soldados de confianza. Conozco a algunos. Representan la elección obvia. Nada extraño por ahí.

—De acuerdo, ¿qué hizo después? ¿Dónde está ahora?

—Al dar por concluida la reunión fue a su casa, se aseó y se dirigió a la colina de los templos. Compró un carnero en uno de los puestos y entró a sacrificarlo al templo del soka pedregoso. Lo hace a menudo. Bueno, no con carneros, pero sí alguna paloma o cabrito de vez en cuando.

—¿El Pedregoso, no el Fangoso?

—Sí, es el soka que engañó a los salgios. Por lo que sé, aún está perdiendo el tiempo allí dentro.

Erquil meditó unos instantes sobre lo que le había contado Brad y luego asintió.

—De acuerdo, mantenme informado. Ve ahora a descansar junto a la hoguera, ya me encargo yo de poner al día a mi hermano.

Brad asintió y, sin más ceremonia, se volvió para irse. A mitad descenso, Erquil lo llamó y en tono amistoso le recriminó:

—Por cierto, debes de estar haciéndote viejo. Hace un año no te hubiera escuchado acercándote.

Brad le replicó:

—Lo he hecho adrede. Hace un año no hubiera corrido el peligro de que me rebanaras el gazonate si me plantaba por sorpresa detrás de ti.

El delmetio se apresuró a alejarse riendo antes de que su líder encontrara una contestación adecuada para su impertinencia.

Tras la conversación con Brad, por muy paradójico que pareciera dadas las inquietantes noticias que le había transmitido, Erquil se sintió más optimista. Su tribu perduraría para volver a las estepas. Era cuestión de aguantar hasta que las circunstancias fueran propicias, quizás cuando el joven Svenfil fuera nombrado heredero de forma oficial. Entonces, con el traspaso parcial de poderes y fuerzas, tal vez encontrarán un resquicio para ir escabulléndose poco a poco y escapar del ojo de la tormenta, de modo que cuando embalaran sus pertenencias y partieran hacia su inhóspita tierra a nadie le importara y nadie se preocupara por su destino. Por el momento, sin embargo, no podían moverse de los pies del emperador, su único valedor y, al mismo tiempo, su carcelero.

Contempló la ciudad. La oscuridad ya era casi total, aunque en breve se alzaría la luna, pintando de plata las encaladas paredes de Cefingard. Se envolvió en su fina capa de verano. Por muy calurosos que fueran los días, las noches seguían siendo frescas. Un suave viento soplaba desde las montañas, llevándose la pestilencia que emanaba de un cuarto de millón de personas. Con el paso del tiempo, sin embargo, y sin que hubiera una razón concreta, empezó a sentirse inquieto. Su vigilancia, que había sido un tanto laxa, se hizo intensa, casi hasta el extremo de la obsesión. No sabía qué iba a ocurrir, pero presentía que sería algo terrible.

El graznido de una bandada de cuervos lo sobresaltó. ¿Qué estaban haciendo aquellos carroñeros volando de noche? Sintió un frío que ningún fuego podría combatir. Entonces la

vio despuntar, asomándose sobre el escarpado horizonte, una muesca de luz que fue creciendo por momentos, empapando la ciudad con su fulgor rojizo, hasta que por fin, dominando el cielo, se mostró la mordisqueada circunferencia de una luna en fase creciente, teñida con el tético color de la sangre seca.

No se sorprendió un ápice cuando Jerik llegó a la carrera para anunciarle que algo terrible había pasado y que su hermano gemelo requería su presencia en los barracones de los esclavos rojos.

Aunque no hubiera sabido dónde tenían hacinados, como si fueran ganado, a los esclavos que sólo servían para el campo y la mina, los cuales, al estar siempre recubiertos de tierra cobriza, eran conocidos como los esclavos rojos, Erquil hubiera podido orientarse sin problemas, guiándose por el griterío y por el resplandor de docenas de antorchas, esgrimidas por inútiles que parecían no saber hacer otra cosa que corretear de aquí para allá como si de verdad tuvieran algo importante en que ocuparse. Al menos alguien, seguramente su hermano, parecía haber puesto un poco de orden en el tumulto, haciendo que un puñado de delmetios, espada en mano, impidiera el acceso a una de las chozas de esclavos. Frente a ellos, maniatados en el suelo, se encontraban los ocupantes de la misma. Hombres y mujeres, vestidos sin distinción con harapos. Todos ellos, alrededor de una veintena, eran negros capturados durante la última campaña. Muchos presentaban contusiones y algunos sangraban por la boca, la nariz o incluso las orejas. Había uno, un hombre viejo de enortijado pelo gris, tirado en el suelo en una postura antinatural, con los brazos retorcidos bajo el cuerpo. Su rostro contraído estaba perlado de gotas oscuras. Erquil se fijó y vio que no respiraba. ¿Qué podía haber justificado tamaña violencia contra un puñado de esclavos sin importancia? Llegó por fin ante sus hombres y éstos le franquearon el paso hacia el interior de la basta aunque resistente construcción, una cabaña circular de doce codos de diámetro, sostenida a un codo del suelo por unos pilones. Sus ojos tardaron un instante en

acostumbrarse a la oscuridad reinante —pues al carecer de ventilación no podían utilizarse antorchas bajo el techo de paja y barro—, pero su nariz le informó al instante de que allí dentro se había derramado sangre, mucha sangre.

—No te muevas, Erquil, o la pisarás —dijo la voz de su hermano.

—¿Hacia dónde?

—Hacia ningún lado.

Aceptó las palabras de Cokrum sin cuestionar lo inverosímiles que pudieran antojársele. Así era siempre con los gem de los delmetios: dos cuerpos y un único espíritu. Pronto empezó a percibir detalles de su entorno. Se alegró de que la falta de luz lo disimulara todo, haciendo negra la roja sangre de la esclava que yacía medio eviscerada en el centro de la choza.

—¿Quién era? —preguntó.

Cokrum, que se encontraba en cuclillas, examinándole la cabeza, respondió:

—Una esclava.

—Pero tendría un nombre.

—No para los fingardanos. —Cokrum alargó las manos y le quitó algo de entre los dientes a la víctima de aquel atroz asesinato. Lo contempló con aparente indiferencia y, levantándose, se lo alcanzó a Erquil—. Toma, mira esto.

—¿Qué es?

En vez de contestarle, su hermano exigió:

—Dime qué opinas.

Erquil se giró un poco para permitir que algo de luz proveniente del exterior iluminara lo que su hermano le había pasado. Era un pedazo de madera, corto y grueso. Al examinarlo en mayor detalle descubrió las marcas, dispuestas a ambos lados del tarugo, en dos dobles hileras paralelas. Sus sospechas se confirmaron cuando encontró un pedazo de diente incrustado en una de las quemaduras.

—¿Qué significa esto? —inquirió, en realidad para sí mismo, aunque su hermano, que había tenido más tiempo para pensar en aquel misterio, le contestó.



—Desde que trajeron al último grupo de trabajo, los guardias no escucharon un solo ruido sospechoso proveniente de esta zona, ni siquiera un gemido. ¿Entiendes lo que eso significa? La destriparon y no se oyó ni un grito. Cuando le abrieron el vientre y empezaron a extraerle los intestinos, ella se limitó a morder más fuerte ese pedazo de madera.

—¿Una víctima voluntaria? —preguntó Erquil, sin acabar de decantarse por la sorpresa o por el horror—. ¿De esto?

—Supongo que hubieran podido amordazarla, pero entonces ¿por qué hacerlo con este pedazo de madera en la boca?

—¿Quién lo hizo?

—El viejo de ahí fuera, de eso no hay duda; la sangre le llegaba a los codos, supongo que lo has visto antes de entrar. Pero todos los demás debieron ayudar, aunque sólo fuera apartándose para dejar espacio. Y mira, eso es todo lo que pudo utilizar como herramienta —dijo Cokrum, señalando una astilla de madera, arrancada con toda seguridad de la pared.

Erquil se cubrió la nariz con un pedazo de tela. Aquel antro ya debía de apestar antes del sacrificio, pero ahora, con el hedor añadido de sangre y heces, podía reclamar el dudoso honor de ser uno de los lugares más malolientes sobre la faz del mundo. Cuanto antes terminaran de evaluar el peligro, si es que lo había, que podía representar aquel incidente para la seguridad del emperador, antes podrían volver a sus tiendas. Se desplazó unos palmos, pisando con cuidado, para obtener una nueva perspectiva.

—Esas vísceras no están dispuestas al azar.

—¿Cómo?

—Fíjate: los intestinos desenrollados debajo, un riñón a cada lado, el hígado a la derecha, el corazón y el estómago a la izquierda. Los han arrancado, pero conservan su posición relativa.

—Hum. Tienes razón. ¿Qué puede significar eso?

Una nueva voz, débil pero autoritaria, proporcionó la respuesta:

—La han expandido.

Los dos hermanos volvieron la cabeza alarmados hacia la puerta. Allí, bloqueando apenas la luz de las antorchas con su frágil cuerpo, se encontraba Odryncer, el sumo sacerdote de Wultan. El anciano no aguardó a la reacción de los delmetios, sino que pasó directamente a hacerse cargo de la situación.

—Resulta obvio que aquí ha intervenido la brujería. ¿Por qué no se me ha consultado de inmediato y ha tenido que avisarme un joven guardia, arriesgándose a ser castigado por abandonar su puesto? ¿Teníais algo que ocultar?

Erquil tuvo que recurrir hasta a la última brizna de autocontrol que poseía para no hacer rechinar los dientes con un odio que sabía recíproco. Su hermano, mucho más diplomático, tomó la palabra:

—No queríamos molestarte sin antes haber comprobado en persona si se requería la presencia de alguien de tu importancia.

—Por supuesto, aunque en vuestra opinión no se requeriría la presencia de un sacerdote de Wultan para nada. —De nuevo, no se molestó en esperar una respuesta que no le importaba en absoluto. En lugar de ello, empezó a impartir órdenes—: Hay que quemar esta choza, sin tocar nada de lo que hay en su interior. Mañana celebraré un rito de purificación. En cuanto a los esclavos, uno será ofrecido a Wultan como desagravio, del resto, la mitad serán encerrados aquí y serán quemados vivos, a la otra mitad los crucificaremos en los campos, a la vista del resto de escoria. Tengo entendido que el brujo está muerto.

Cokrum asintió.

—En ese caso, nos aseguraremos de que no pueda acceder al Gran Océano. No quiero que su perfidia mancille el templo. Disponed que lo transporten al valle de Topha. Nos ocuparemos allí de mutilar su espíritu.

Una vez ordenado lo que debía hacerse, Odryncer se retiró, sin volver a dedicar un vistazo a la carnicería ni mucho menos a los dos hermanos. Erquil y Cokrum se quedaron rumiando su desprecio en silencio, conscientes de que había en las cercanías muchos oídos traicioneros, dispuestos

a proporcionarle al sanguinario sacerdote la excusa que necesitaba para acabar con ellos. Al cabo de un rato, Erquil le indicó con un gesto a su hermano que salieran, procediendo a continuación a dar las instrucciones necesarias para que se cumpliera la «voluntad» de Wultan.

De vuelta a su campamento, hablaron brevemente sobre la relevancia de aquel asunto, llegando a la conclusión de que no se trataba más que de otra de las estupideces en que los hombres incurrían a instancias de los sokas. No sabían gran cosa sobre las creencias de los esclavos, pero si tenían como resultado aquello de lo que habían sido testigos, tampoco estaban demasiado interesados en ahondar en dicho conocimiento. Dedicaron más tiempo a departir sobre las implicaciones de lo que Brad había revelado a Erquil y sobre los peligros y las oportunidades que les podía deparar un Drawoh con mayor implicación política. En ningún momento se les ocurrió que pudiera existir una relación entre ambos acontecimientos. Después de todo, la víctima no era sino una esclava. Nadie se iba a tomar la molestia de reconstruir lo que había hecho aquel día para descubrir que había sido una de las bailarinas presentes en el encuentro entre Riegar y Drawoh. No importaba, aunque hubiera salido a la luz no lo hubieran considerado digno de preocupación. Peligros mucho más tangibles se cernían sobre la dinastía svensia y, por ende, sobre la tribu de los delmetios. Aquél fue su segundo error de juicio, y el más grave en un día donde éstos habían sellado el destino de hombres, imperios e incluso dioses.